

LA TRADICION DEL ORDEN SOCIAL ESPÓNTANEO

Debo reconocer que me resulta difícil adecuar el tono de mi exposición a las circunstancias que me toca vivir. Al desmenuzar tantos sentimientos encontrados sobresalen nítidamente el recuerdo de mi familia, de mis amigos, de mis profesores, mis colegas y alumnos, las instituciones que cobijaron mi vocación, y junto con el recuerdo, una sensación de profundo agradecimiento a todos ellos por haber contribuido a esta desproporción que existe entre el honor que se me dispensa y la parquedad de mis méritos. Es entonces el realismo más ajustado el que me obliga a subrayar que el personaje central de este acto es la conmovedora generosidad de todos ellos y a asegurar que es a esa generosidad que debo la enorme satisfacción de incorporarme a esta institución académica.

Si alguna duda podía quedarme acerca de la desproporción recién señalada, las palabras que antecedieron a las mías la ha disipado totalmente. La personalidad del orador resalta aún más nítidamente la generosidad del contenido. No es la primera vez que señalo esa cualidad de la personalidad de Don Alberto que le ha permitido resguardar con imperturbable solidez los principios rectores de la vida civilizada y albergar la enorme cuota de comprensión y tolerancia hacia quienes hemos encontrado más accidentado el camino que lleva a esos mismos principios. ¿Puede aspirarse a algo más que a ser el afortunado receptor de todos esos apoyos y además, de las palabras del Presidente de la Corporación que hoy me recibe?

Tengo el honor de ocupar el sillón que lleva el nombre de Don Vicente López y Planes, autor de esa muestra

de emoción republicana que es nuestro Himno Nacional. Él tuvo la dicha de formar parte de la brillante generación que forjó nuestra independencia y la desdicha de conocer largos períodos de anarquía, guerras civiles y dictadura.

Durante esa larga etapa no rehusó ocupar posiciones que exigían los mayores sacrificios personales. Su sólida formación intelectual le permitió desplegar en todas ellas una ponderable prudencia, rara e indispensable virtud en tiempos tan turbulentos como los que le tocó vivir. Esas mismas cualidades las volcó en la formación de uno de los hogares más repetables y cultos de su época, cuna de una de las dinastías intelectuales más brillantes durante la consolidación de la república.

Reemplazo en esta Corporación a una de las figuras más significativas de mi propia generación, el Dr. García Venturini. Todos conocemos sus muy importantes aportes al campo de la filosofía política y de la historia. El análisis de su obra requeriría de un tiempo y una formación en su campo específico que exceden mis posibilidades. Nadie que lo haya conocido puede ignorar lo penoso y difícil que resulta ocupar su lugar, pero también, cómo esa enorme dificultad se alivia con el recuerdo de sus estimulantes enseñanzas. Es en este contexto y en homenaje a su memoria que quiero recordar un pasaje de su artículo póstumo: "Es menester seguir tratando de construir la ciudad de la ley y de la libertad. Es una ciudad imperfecta necesariamente. . . pero es la ciudad del hombre, su transitoria e intransferible morada temporal".

He elegido como tema de mi disertación "El orden social espontáneo". Lo he seleccionado, entre otros, por el papel crucial que esta tradición de pensamiento tuvo en mi formación personal. He circunscripto el tema a su momento fundacional, es decir, a la aparición durante el siglo XVIII de lo que luego se denominará la "Escuela Escocesa". Dentro de su vasta producción académica me limitaré a un tema que recorre centralmente la obra de sus tres autores más conocidos: David Hume, Adam Smith y Adam Ferguson. Me refiero a la indagación y análisis de los principios que rigen la evolución, progreso y retroceso de las sociedades humanas. No podré detenerme, por lo tanto, en la consideración de los significativos aportes realizados por David Hume en el campo de la filosofía y de la historia, por Smith

en el de la economía política y por Ferguson en el de las ciencias sociales. Deberé, también, dejar de lado las contribuciones de otros miembros de la Escuela, como los filósofos Hutcheson y Kamen, el historiador William Robertson y el sociólogo John Millar.¹

Quisiera aclarar antes que nada el uso de mi propia expresión "momento fundacional". Nada hubiera resultado más incómodo al espíritu de las obras de los tres autores que me ocupan que suponer que su pensamiento creó algo de la nada. Toda tradición intelectual de raigambre evolucionista, como la que vamos a analizar, reconoce ser heredera de innumerables aportes del pasado. Con respecto a nuestros autores, entonces, es imposible no mencionar los nombres de Bacon, Locke, Grotius, Puffendorf, Montesquieu y Newton. Muy próximos a los escoceses surge el nombre de ese autor algo escandaloso y demasiado mordaz para los cánones de la época que fue el Dr. Bernard de Mandeville. La palabra fundacional hace referencia entonces al primer intento de sistematización de una tradición que es tributaria de muchos aportes de igual intensidad intelectual.

Con menos ambigüedad semántica, "fundacional" también indica un comienzo abierto y fértil que incita a una interminable tarea de correcciones y refinamientos, a la superación de errores y a la eliminación de incompatibilidades. Y en esta secuencia posterior fueron muchos los que contribuyeron a una labor que recoge nombres como los de Hamilton y Madison, Edmund Burke, Constant y Tocqueville, Wilhelm von Humboldt en Alemania, y, por qué no, algo más adelante, nuestro Juan Bautista Alberdi. Y así podríamos seguir citando nombres hasta llegar a nuestros días y encontrar entonces la más excitante puesta al día de este cuerpo de ideas en la obra de Frederick von Hayek.²

Toda indagación científica fértil comienza con una actitud de sorpresa por parte del espectador. Esta inquietud del espíritu humano se ve muchas veces favorecida por las características del escenario en el que le ha tocado actuar. La Escocia de comienzos del siglo XVIII desplegaba frente

¹ Una buena visión de la escuela escocesa se encuentra en JANE RENDALL, *The Origins of the Scottish Enlightenment*, Londres, 1978. Para el desarrollo de la tradición puede consultarse N. BARRY, "The Tradition of Spontaneous Order" en *Literature of Liberty*, v. 2, Calif., 1982.

² La más elaborada y completa puesta al día de esta posición puede consultarse en F. A. HAYEK, *The Constitution of liberty*, Chicago, 1960.

al espectador inquieto un paisaje de contrastes tan nítidos como llamativos. En sus tierras bajas (Lowlands) comenzaban a emerger los primeros signos de esa gran revolución comercial e industrial que conmovió los cimientos del mundo en los siglos venideros. En esa región todo era febril actividad, multiplicación de empresas y de empleos, contactos con los puntos más alejados de la Tierra y un bullicio que reflejaba expectativas cada vez más optimistas. En las tierras bajas el espectáculo de la creación de la riqueza golpeaba incesantemente a las mentes más alertas de la época. No había que recorrer mucho trecho en aquella Escocia para toparse con un mundo diametralmente opuesto. Las tierras altas (Highlands), ofrecían una geografía tan atractiva como áspera, marco adecuado para ese mundo viril y altivo de los clanes, mundo aislado, pobre e impotente para contribuir a la multiplicación de la especie. Un abismo separaba a ambas regiones, el contraste entre riqueza y pobreza, entre progreso y estancamiento. Contraste que no reflejaba solamente una realidad contemporánea de fácil comprobación, reflejaba además y en miniatura la historia de una humanidad que sólo por breves períodos y en espacios restringidos, había conocido el bullicio de las tierras bajas. Un mundo, en suma, que casi siempre había tambaleado, sino retrocedido, en sus intentos de posibilitar la supervivencia y crecimiento de sus habitantes. Eran siglos y no sólo kilómetros los que separaban a las tierras bajas de las altas. Frente a esta situación es que surgieron las preguntas que se dedican a contestar los autores escoceses. Primero, ¿cuáles son los pasos y los mecanismos institucionales por medio de los cuales los hombres van abandonando la rústica sociedad anterior y se van integrando en las complejidades de la nueva sociedad? En segundo lugar, ¿cómo se puede hacer para que ese tránsito no se frustre permanentemente y siga avanzando sobre bases sólidas?

Una buena pregunta puede no llevar a una buena respuesta si las premisas sobre las que se basa no son realistas. En los estudios humanos la alternativa más rentable es comenzar por un análisis riguroso de las características, motivaciones y propensiones de los únicos seres con existencia real, que son los individuos que componen la sociedad. Sólo luego de establecida esta premisa puede iniciarse el estudio de las distintas combinaciones que resultan de

las muchas y transitorias interacciones que tienen lugar entre esos individuos.³

Este procedimiento puede ilustrarse con la secuencia analítica seguida por el más influyente y discutido de los miembros de la escuela escocesa. La *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith es, como se sabe, una investigación para localizar las causas que promueven el progreso de las sociedades. Esta exploración intelectual no hubiera sido posible, sin embargo, si no hubiera sido precedida por el análisis detallado de los rasgos esenciales de la naturaleza humana que Smith realiza en su primer obra, mucho menos conocida, *Teoría de los sentimientos morales*.

Las respuestas que dan los autores escoceses a esta primera parte de su indagación no es fácil de resumir en unas pocas páginas. A la dificultad que presenta siempre la ambigüedad de las palabras se agregan en este caso los matices que surgen de la originalidad del pensamiento de cada uno de ellos. Existe entonces el riesgo de esquematizar un pensamiento rico y variado. Es posible, sin embargo, delinear las líneas básicas de este pensamiento donde todo gira alrededor de la idea de que cada hombre es un complejo haz de sentimientos y de pasiones encontradas, de virtudes y de defectos, de sabiduría y de torpeza. Estos ingredientes están presentes en mayor o menor grado en cada uno de nosotros, pero nadie está excluido de poseerlos aunque más no sea en ínfimas proporciones. De este concepto general se derivan las siguientes reflexiones:

1. — El hombre actúa siempre procurando una satisfacción personal, o, dicho de otro modo, movido por un interés propio. Esta actitud universal se aplica tanto a quien encuentra satisfacción en aliviar situaciones de otros como a quien se ocupa estrictamente de su propia situación o de la de su familia inmediata. Estas dos actitudes son las que el lenguaje corriente designa como “altruismo” o como “egoísmo”. En mi opinión, ambas palabras han confundido más que aclarado la comprensión del problema. Los términos usados por los autores escoceses fueron “benevolencia” y “simpatía” en el primer caso, y “cuidado de sí

³ Esta posición metodológica es conocida hoy con el nombre de *individualismo metodológico*, y sus principales expositores contemporáneos son Popper, Hayek y Watkins. Cfr. JOHN O'NEILL, *Modes of Individualism and Collectivism*, Londres, 1973.

mismo”, “generosidad limitada” y “egoísmo” para el segundo. En esta última categoría el pensamiento escocés establece una división significativa que retomaremos más adelante. Existen acciones motivadas por el deseo de incrementar las situaciones propias que se realizan en perjuicio de terceros. Pero existen muchas otras de esta misma naturaleza que derivan en mejoras para la situación de otros, por más que esta no haya sido la intención del autor.

Problemas semánticos aparte, lo que interesa hacer notar aquí es que es esta combinación de disposiciones encontradas la que subrayaron los escoceses y no el predominio de disposiciones “egoístas” o del “cuidado de sí mismo”. Adam Ferguson fue categórico en este sentido: “. . . mientras los negocios se conducen con el máximo de autopreservación, las horas libres se dispensan a la amabilidad y la generosidad”.⁴ En la misma dirección señala Adam Smith: “Por más que el hombre tenga rasgos egoístas, existen evidentemente en su naturaleza principios que lo interesan en la suerte de los otros y que hacen que la felicidad de éstos le sea necesaria por más que no derive nada de esto, salvo el placer de poder contemplarlo”.⁵ Ferguson llegó a ridiculizar a quienes creían en el predominio de una sola disposición humana: “El pensador que imputa las pasiones más violentas del hombre a la impresión que le producen las ganancias y las pérdidas está tan equivocado como aquel extranjero que durante la representación teatral creía que Otelo estaba furioso por la pérdida de su pañuelo”.⁶

Existe, creo, una diferencia sustancial entre afirmar que el hombre es básicamente un ser “egoísta” a señalar, como en el caso de nuestros autores, que el “cuidado de sí mismo” es un ingrediente inseparable de la naturaleza humana.

2. — En una época profundamente racionalista, los autores escoceses fueron los primeros en advertir sobre las consecuencias que se derivan de las visibles limitaciones cognitivas de la mente humana. Esta limitación, según

⁴ ADAM FERGUSON, *An Essay on the History of Civil Society* (1767), Edimburgo, 1966, p. 37.

⁵ ADAM SMITH, *The Theory of Moral Sentiments* (1759), Indianápolis, 1976, p. 48.

⁶ FERGUSON, *Essay*, p. 32.

Ferguson, no sólo impide un conocimiento cabal y detallado de las circunstancias actuales, sino que dificulta nuestra comprensión sobre los orígenes de la sociedad y su evolución posterior.

En este aspecto como en el primero, el cuadro dista de ser unidimensional. Esa misma mente impotente para develar los designios últimos de la Providencia, es capaz de proezas creativas sorprendentes cuando es aplicada a ámbitos más modestos y restringidos. En estos ámbitos cada hombre posee conocimientos y habilidades de los que carecen los demás y, por lo tanto, cada uno de nosotros realiza una contribución insustituible al bienestar general. A esta doble condición de la mente humana hace referencia Adam Smith cuando sostiene en su *Teoría de los sentimientos morales* que al hombre le están asignados departamentos a la vez modestos pero indispensables. Y agrega textualmente: “La administración del gran sistema del universo, sin embargo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles, es el negocio de Dios y no de los hombres”.⁷

3. — Estas dos características de la naturaleza humana se combinan en el pensamiento escocés con una circunstancia externa de carácter permanente. Ese hombre con características de generosidad limitada, con conocimiento imperfecto, se enfrenta a una naturaleza avara en la provisión de los recursos que requiere la satisfacción de todos sus deseos. Para David Hume esta penosa combinación es tan crucial que es ella la que explica la necesidad de la justicia: “La cualidad de la mente”, decía, “es la generosidad limitada, y la situación de los objetos externos es la escasez en relación con los deseos de los hombres . . . Si los hombres fueran provistos de todo con la misma abundancia y si todos tuvieran para los demás el mismo afecto y cariño que tienen para sí mismos, la justicia e injusticia serían desconocidas en este mundo. ¿Para qué hacer una partición de bienes si todos tienen más de lo necesario? ¿Para qué llamar a este objeto mío si cuando alguien me lo saca basta extender el brazo para tener algo igualmente valioso?”⁸

⁷ SMITH, *The Theory of Moral Sentiments*, p. 386.

⁸ DAVID HUME, *Essays, Moral, Political and Literary* (1758), Londres, 1875, IV, p. 180.

Estas tres características de la naturaleza humana hubieran conducido naturalmente a una evaluación pesimista de las posibilidades de progreso social y cultural. Hasta esa época, la historia de una humanidad incapaz de incrementar, y muchas veces de mantener, el número de sus habitantes, parecía confirmar pronósticos bastante lúgubres. Como confío demostrar más adelante, es precisamente en este punto donde asoma la originalidad del pensamiento escocés. Por primera vez, fruto de una evaluación realista y sin concesiones románticas, se intenta localizar las condiciones y causas que posibilitan la generación de riqueza, y por ende, el progreso de las naciones y de sus habitantes.

Podemos ahora reformular la pregunta inicial: ¿cómo fue posible que en ciertos momentos, ese ser frágil e imperfecto que es el hombre fuera capaz de crear riqueza y abandonar, aunque sea fugazmente, la condición de atraso y pobreza a la que parece condenado? Las primeras reflexiones a partir del interrogante planteado apuntan a señalar cómo *no* ocurrió ese tránsito. El cambio no fue originado por un plan “maestro” generado en la cabeza de un hombre o en la sala de reuniones de una agencia gubernamental. Tampoco fue el resultado de algún contrato original donde se acordaron de una vez las instituciones que habían de regir los destinos de la humanidad: “Ninguna sociedad se formó por contrato” —diría Ferguson— “ninguna institución surgió de un plan”.⁹ Y luego redondea esta noción en uno de los más afortunados pasajes de su *Ensayo sobre la Sociedad Civil*:

“Los hombres en general están suficientemente dispuestos a ocuparse de la elaboración de proyectos y esquemas: pero aquel que proyecta para otros encontrará un oponente en toda persona que esté dispuesta a proyectar para sí misma. Como los vientos que vienen de no sabemos dónde, . . . las formas de la sociedad derivan de un distante y oscuro pasado; se originan mucho antes del comienzo de la filosofía, en los instintos y no en las especulaciones de los hombres. La masa de la humanidad está dirigida en sus leyes e instituciones por las circunstancias que la ro-

⁹ FERGUSON, *Essay*, p. 123.

dean, y muy pocas veces son apartadas de su camino para seguir el plan de un proyectista individual.

“Cada paso y cada movimiento de la multitud, aun en épocas supuestamente ilustradas, fueron dados con igual desconocimiento de los hechos futuros; y *las naciones se establecen sobre las instituciones que son ciertamente el resultado de las acciones humanas, pero no de la ejecución de un designio humano*. Si Cromwell dijo que un hombre nunca escala tan alto como cuando ignora su destino, con más razón puede afirmarse lo mismo de comunidades que admiten grandes revoluciones sin tener vocación alguna para el cambio, y donde hasta los más refinados políticos no siempre saben si son sus propias ideas y proyectos los que están conduciendo el estado”.¹⁰

Es conveniente hacer una pequeña digresión sobre esta importante reflexión de Ferguson. En primer lugar, los hombres no crean desde la nada sino que innovan a partir de circunstancias e instituciones que fueron el fruto de acciones humanas anteriores. En segundo término, esas circunstancias surgieron como consecuencia de la yuxtaposición de una multitud de planes individuales que al entrecruzarse produjeron muchas veces resultados que no fueron deseados por los proyectistas originales. Es fácil advertir, finalmente, que una parte muy significativa de esas instituciones emergieron espontáneamente de esas interacciones humanas. Este es el caso de buena parte de los sistemas jurídicos, del lenguaje, del mercado y de la moneda.

Este proceso de evolución adquirió un impulso progresivo cuando algunas comunidades comenzaron a adoptar las instituciones más aptas para ese propósito. Poco sabemos sobre el origen de este mecanismo, lo único cierto es que las instituciones de las sociedades más exitosas comenzaron a ser imitadas por otras que a partir de entonces entraron también en la senda del progreso. Esta imitación no se llevó a cabo luego de una cuidadosa evaluación de las causas que producían esos efectos. Se llevó a cabo, en cambio, porque a las comunidades que adoptaban esas instituciones las acompañaba el éxito en la ardua lucha por la supervivencia. Los autores escoceses hicieron notar que el

¹⁰ *Ibidem*, p. 122.

camino hacia la adopción del conjunto de instituciones que hicieron posible el refinamiento de las sociedades del siglo XVIII, fue el del ensayo y el error.

Para David Hume, este conjunto institucional estaba basado en lo que denominó las “tres leyes fundamentales de la naturaleza”. Estas tres leyes eran, en sus propias palabras, “la estabilidad en la posesión, la transmisión por consentimiento y el cumplimiento de las promesas”.¹¹ Indicaba así el papel fundamental de la propiedad privada y el del cumplimiento de los contratos en la generación del progreso económico y social. Estas instituciones centrales habían surgido espontánea y gradualmente y, según Ferguson, su emergencia se había visto facilitada por un conjunto de máximas morales originadas en las grandes religiones monoteístas.

John Locke había subrayado el papel fundamental de la propiedad como muralla protectora de los derechos individuales frente al ansia invasora de los poderosos. Para Hume, además, la propiedad privada era la única administradora eficaz de esos recursos permanentemente escasos y, por lo tanto, se constituía en condición necesaria para el progreso de la especie. Las enseñanzas de Locke tuvieron gran peso en el pensamiento de los escoceses como se advierte en la siguiente afirmación de Adam Smith:

“Las más sagradas leyes de la justicia... son las que protegen la vida y libertad de nuestros vecinos; le siguen aquellas que protegen su propiedad y posesiones, y luego vienen las que protegen sus derechos personales, o los que se les debe como consecuencia de la promesa de terceros”.¹²

Estas instituciones fueron integrándose con otras que las complementaban o que las protegían de ataques de terceros. El largo y tentativo proceso de ajustes y reajustes culminó en el gran movimiento constitucional de los siglos XVIII y XIX. No lo detallaremos ahora, pero señalemos que en esta larga evolución contribuyeron también otros pensadores de igual renombre. Además de John Locke, no será difícil advertir la presencia de Montesquieu en la siguiente reflexión de Hume:

“El gobierno que llamamos libre es aquel que permite que el poder se divida entre varios miembros cuya autori-

¹¹ HUME, *Essays*, ii, p. 293.

¹² SMITH, *The Theory of Moral Sentiments*, p. 163.

dad es generalmente mayor que la del monarca, pero que en el curso normal de la administración deben actuar por leyes generales e iguales para todos, previamente conocidas por gobernantes y súbditos. En este sentido se puede asegurar que la libertad es la perfección de la sociedad civil".¹³

Debemos establecer a esta altura las relaciones existentes entre este arreglo institucional y aquellas características de la naturaleza humana que puntualizaron los autores escoceses. Una de las funciones que cumplen estas instituciones es la de poner obstáculos, a través de prohibiciones, al potencial invasor de derechos y libertades ajenas que puede generarse a partir de los rasgos menos estimables de la naturaleza humana. Es en este sentido que Hamilton y Madison afirmaban que la Constitución norteamericana no había sido elaborada para regir relaciones entre "ángeles".¹⁴ Al mismo tiempo, "dividiendo poderes", como quería Hume, y colocando a gobernantes y súbditos bajo el imperio de una ley general, se ponían vallas contra la pretensión de quienes ignorantes de las limitaciones de los humanos pretendían imponer su voluntad en los múltiples detalles de la vida cotidiana. Es este personaje el que Adam Smith tiene presente en su conocida reflexión sobre el "hombre de sistema":

"El hombre de sistema se siente muy sabio en su engeñamiento... Parece imaginar que puede ordenar a los diferentes miembros de una sociedad con la misma facilidad con que la mano ordena las piezas de un tablero de ajedrez; se olvida que las piezas del tablero no tienen otro principio de movimiento que el que le imprime la mano, pero que en el gran tablero de la humanidad, cada pieza tiene su propio movimiento, tantas veces diferente al que pretende imponerle el hombre de sistema".¹⁵

Este tipo de reglas debían, al mismo tiempo, ser lo suficientemente escuetas como para dejar un ámbito muy amplio a esas acciones espontáneas de los hombres que generan el progreso de las naciones. Dicho de otra manera, esas reglas no debían trabar la libre expresión de aquellas características de la personalidad individual que conducen

¹³ HUME, *Essays*, iii, p. 116.

¹⁴ Para la influencia de Hume ver HAMILTON, MADISON, JAY, *El Federalista*, México, 1957, p. 378.

¹⁵ SMITH, *The Theory of Moral Sentiments*, p. 380-1.

al mejoramiento social. No es necesario señalar, creo, que en esta categoría los pensadores escoceses incluían todas aquellas actitudes que englobaban bajo los términos de “benevolencia” y “simpatía”, esas predisposiciones que tienden naturalmente al establecimiento de relaciones de asociación, cooperación y solidaridad con otros hombres. Pero, también, están encuadradas aquellas acciones lícitas que no se proponen explícitamente el bien de los otros y que son básicamente promovidas por el deseo de favorecer la situación propia y de la familia inmediata. Para los autores escoceses es esta predisposición de los seres humanos la que produce esa inquietud del espíritu que lleva al hombre a crear, a innovar, en suma, a tomar riesgos. Adam Smith había señalado este aspecto en su *Teoría de los sentimientos morales*:

“Es esta actitud la que... movió a los hombres a cultivar el suelo, a construir casas, a fundar ciudades... a inventar y mejorar todas las artes que embellecen la vida humana; que ha cambiado enteramente la faz del globo, que ha convertido los bosques rudos de la naturaleza en fértiles y agradables praderas, hecho del océano sin rutas ni puertos una nueva fuente de productos y la gran vía de comunicación hacia las diferentes naciones del globo. La tierra, por estos esfuerzos de los hombres, se ha visto obligada a redoblar su fertilidad natural y a mantener una multitud mucho mayor de sus habitantes”.¹⁶

Así, agrega Smith, “los hombres, sin proponérselo, sin saberlo, contribuyen al progreso de la humanidad”. Adam Smith nos dice en este párrafo que los hombres, movidos por sentimientos egoístas (o de “cuidado de sí mismos”), terminan promoviendo el bienestar de terceros. Lo promueven porque para colmar el interés propio deben necesariamente satisfacer las necesidades de otros hombres. De este hallazgo registrado en la *Teoría de los sentimientos morales* fluye naturalmente la muy conocida, y muy poco comprendida frase de *La Riqueza de las naciones* que señala que “no es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero que esperamos nuestra cena, sino de la preocupación que ellos tienen de su propio bienestar... No nos dirigimos a su humanidad sino a su interés... Nadie sino

¹⁶ *Ibidem*, p. 303-5.

un mendigo elige depender exclusivamente de la benevolencia de sus conciudadanos”.¹⁷

Estas respuestas recíprocas a necesidades ajenas van generando una multitud de relaciones que promueven distintos tipos de asociaciones entre los hombres. Esta tendencia que surge, sorpresivamente para el espectador, del deseo de halagar el interés propio, se ve reforzada por los ingredientes benévolos que existen en el hombre y que, también, lo empujan hacia la colaboración y la asociación con otros seres humanos. Cuando mayor es el intercambio espontáneo, cuando más activo el comercio, menor será la posibilidad de que los hombres busquen satisfacer sus necesidades a través de la depredación y la guerra.

Hay otro aspecto de las reflexiones de Smith que debe ser destacado y es su afirmación de que este proceso tiene lugar sin que los promotores de las acciones tengan conocimiento de los resultados o se propongan los fines a alcanzar. Los hombres, dice, actúan como guiados por una *mano invisible* que los lleva a promover fines que no son los perseguidos originalmente. La conocida expresión (*mano invisible*) apunta al carácter paradójico de la situación y a lo difícil que les resulta a mentes limitadas como la nuestra tener una comprensión cabal de un mecanismo tan complejo. En contextos analíticos similares utiliza expresiones como “la Providencia”, o “la Naturaleza” para transmitir la perplejidad del espectador ante la perfección del mecanismo surgido espontáneamente.

El incremento de los intercambios genera, además, otro efecto benéfico que es el de producir una creciente división de tareas entre un número cada vez mayor de participantes. Esta división del trabajo es para Smith (como para Hume y para Ferguson) la causa principal de la riqueza de las naciones. Como en el caso anterior, esta situación también emergió espontáneamente a partir de un rasgo de la naturaleza. Dice Adam Smith: “La división del trabajo, de la cual se derivan tantas ventajas, no ha sido planeada por una mente humana que se propuso la opulencia general a que está dando lugar. Es la necesaria, pero lenta y gradual

¹⁷ ADAM SMITH, *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776), Indianápolis, 1981, p. 26-7.

consecuencia de una cierta propensión humana: la propensión a realizar trueques, a intercambiar una cosa por otra”.¹⁸

Es interesante advertir en este caso el doble aspecto del arreglo institucional propuesto por los escoceses. Por un lado, se ponen trabas a la pretensión de alguna mente omnipotente que intente modificar de raíz el orden general del universo. Pero, por el otro, se deja la más amplia libertad de acción en campos más modestos y más acordes con nuestras facultades. En estos ámbitos cada individuo, aun el más humilde, tiene capacidades únicas para promover el bienestar general. Como decía Bernard de Mandeville con una frase que causó escándalo en los comienzos del siglo XVIII: “El peor de la multitud hizo algo por el bien común”.¹⁹ Como cada individuo sabe sobre su actividad más que los demás (incluido el gobernante), David Hume sostenía que la regla permanente de los magistrados debía ser dejar el desarrollo de las profesiones y de los oficios en manos de aquellos que derivan satisfacción y beneficio de su ejercicio.²⁰

El arreglo institucional propuesto tendía, entonces, al establecimiento de unas pocas reglas generales que sujetaran las propensiones menos estimables de los seres humanos, pero que dejaran un amplio ámbito a la exteriorización espontánea de aquellas propensiones que contribuyen al bienestar general. La concepción escocesa venía así a dar un fundamento original a la idea de *gobierno limitado*, un principio rector en el nacimiento y posterior desarrollo del liberalismo clásico cuyos rasgos centrales fueron lúcida-mente sintetizados por Adam Ferguson hace ya más de doscientos años:

“La libertad no es como podría sugerirlo el origen del nombre la liberación de toda restricción, sino la aplicación efectiva de restricciones justas a todos los miembros de un estado libre, sean estos magistrados o súbditos. Es solamente bajo restricciones justas que las personas adquieren seguridad y que no pueden ser invadidas en su libertad personal, su propiedad y su accionar inocente. . . El estable-

¹⁸ *Ibidem*, p. 25.

¹⁹ Para la influencia de Mandeville sobre los escoceses ver F. A. HAYEK “Dr. Bernard Mandeville” en *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, Londres, 1978, ps. 429-66.

²⁰ HUME, *The History of England from the Invasion of Julius Caesar to the Abdication of James the Second* (1762), Londres, 1884, iii, p. 128.

cimiento de un gobierno justo es de todas las circunstancias que se dan en la sociedad civil la más esencial para la libertad; cada persona es libre en la proporción en que el gobierno de su país es lo suficientemente fuerte como para protegerlo y lo suficientemente limitado y prudente como para no abusar de ese poder”.²¹

Un aspecto sugestivo del pensamiento escocés es el lugar que se le otorga a la tradición y a la razón. La tradición no era para estos autores ni un catálogo cerrado de rituales arcaicos ni una invitación a aceptar lo anacrónico por el mero hecho de ser una herencia del pasado. Para ellos, la importancia de la tradición residía en el hecho de que era la gran transmisora de las experiencias vividas y del conocimiento acumulado por las generaciones anteriores. Era, en otras palabras, la portadora de la “sabiduría de nuestros mayores”. Como tal debía ser tratada con veneración y cautela y escrutada con un ánimo más propenso a retener que a destruir.

La herencia recibida no debía ser aceptada ciegamente y es en esta etapa donde la razón pasa a realizar su gran contribución. Una razón consciente de sus limitaciones no arrasa con lo heredado por más que algunas de sus partes escapen a su comprensión. Lo estudia, sí, con ojo crítico, buscando aminorar sus exageraciones, eliminar sus contradicciones e introducir reformas que vuelvan más armónico al conjunto recibido. Este procedimiento, que combina creativamente tradición y razón, fue lúcidamente sintetizado por Edmund Burke al describir el desarrollo institucional de su país: “en lo que innovamos no somos nunca enteramente nuevos y en lo que retenemos no somos nunca obsoletos”.²²

El orden institucional sugerido era visto, entonces, como el más adecuado al carácter complejo, y a veces contradictorio, de la naturaleza humana. El camino hacia su realización debía estar guiado, también, por consideraciones que no violentaran esa naturaleza. Los hábitos, prejuicios y pasiones de los hombres no podían ser destruidos en su raíz sin arriesgarse a males mayores de los que se procu-

²¹ ADAM FERGUSON, *Principles of Moral and Political Sciences*, Edimburgo, 1792, ii, p. 58.

²² EDMUND BURKE, *Reflections on the Revolution in France* (1790), Middlessex, 1969, p. 115.

raban corregir. Hablando de la Constitución decía David Hume que “en todos los casos es conveniente saber cuál es la más perfecta, y debemos procurar que una forma de gobierno real se acerque a ese ideal lo más que sea posible mediante suaves alteraciones. . . que eviten introducir perturbaciones graves en la vida social”.²³ En otra muestra del carácter sutilmente paradójal del pensamiento escocés, se trata de armonizar un mecanismo de cambio político institucional de raigambre conservadora para posibilitar, mediante la proliferación de los intercambios, procesos de movilidad social que permitan mejorar la posición de las personas dentro de la comunidad.

No quiero abusar más de vuestra generosidad. Hubiera querido hacer alguna referencia a ciertas discrepancias entre los tres autores sobre aspectos marginales al tema tratado, discrepancias que vuelven aún más fértil y atrayente el análisis de su pensamiento. Hubiera deseado, también, hacer alguna referencia al desarrollo que de estos temas hicieron autores posteriores y a su contribución para descartar los inevitables errores que afronta toda empresa intelectual y completar lo que sólo quedó insinuado o parece intuido en los escritos de Hume, Ferguson y Smith. Estos aspectos resaltan aún más la trascendencia de su contribución. Una contribución que, a más de doscientos años de haber sido ofrecida, sigue aún incitando al debate y azuzando a nuevas generaciones de investigadores a seguir indagando dentro de la tradición de pensamiento que ellos inauguraron.

Una tradición que contiene una sabia advertencia: nos aconseja no prohibir automáticamente lo que no nos gusta o lo que no comprendemos y a no obligar a nadie a realizar lo que se nos aparece como lo más perfecto y sublime. “El hombre”, dice un viejo precepto, “no es el Dios ante quien deban arrodillarse los seres humanos”.²⁴

²³ HUME, *Essays*, ii, xvi.

²⁴ MORRIS COHEN, *Reason and Nature. An Essay on the Meaning of Scientific Method*, London, 1931, p. 449.